

NUESTROS IDEALES ⁽¹⁾

Ha de tolerar vuestra indulgencia—señoras y señores—que abra este acto exclusivamente consagrado a las actividades del espíritu, pagando mi tributo de hondísima emoción al recuerdo de aquel que hoy, por la primera vez después de muchos años, está ausente aquí, porque ya no mora entre los hombres... Y no necesito nombrarlo para que todos sepáis que estoy aludiendo al Padre Gambón. No he de intentar ahora su apología, cuando menos porque reputo que su mejor panegírico lo vocea, perennemente, esta misma Academia Literaria del Plata, a la que tantos afanes consagrara, y porque creo que el verdadero elogio que estamos en el deber de tributarle, consiste en cuidar de la perpetuidad de su obra, en vivificar, con nuevas savias, este organismo cuyo significado en la vida argentina—como veréis—deberá ser siempre extraordinario, y en bregar, en fin, porque no se anquilose y esté de continuo en el ritmo de los tiempos. Y se me antoja que sin violencia, he esbozado así las líneas sincréticas del homenaje, y al propio tiempo los rubros básicos de los temas que me propongo desarrollar brevemente ante vosotros.

La Academia Literaria del Plata, señores, nacida en mayo de 1879, no ha tenido nunca, ni puede tener ahora, un objetivo frívolo y una bandera que no esté destinada a flamear bien arriba y bien desafiante, en este momento de inquietud, de zozobra, de turbulencia y de muerte, por el que va atravesando, como una barca absurda en un enloquecido mar de Tiberíades, todo el conjunto de la civilización occidental. Y no es que crea, señores, que ello equivaldría a denunciar una grave incompreensión de los problemas actuales; no es que crea que la Academia debe ser una de las tantas instituciones pías, ardorosas de fervor religioso, que tan señalados servicios prestan a la causa de Dios. No: la Academia—a la que no podría tolerársela tampoco como un salón literario o como una institución parecida a aquellas que tuvieron sus éxitos en las primeras cuatro décadas de nues-

(1) Discurso y composiciones leídas en el acto solemne, dedicado a su Patrona Santa Rosa de Lima, el 30 del pasado agosto.

tra vida independiente—la Sociedad Patriótica de 1811, la del Buen Gusto en el Teatro, de 1817; la literaria de los días rivadavianos; la da Mayo del período posterior, etc., obedeció en su origen y más que nada debe obedecer ahora, al pensamiento de arrebatarse a las mentes extraviadas el exclusivo cultivo de las letras, y al cristiano propósito de que sea el Espíritu Santo la fuente hipocrenética de la producción intelectual. Cuando la Academia nació a la vida, para ventura nuestra, no se habían planteado entre nosotros los hondos problemas espirituales que hoy aterran a todo el que medita sobre las singularidades de nuestra vida presente; y lógico resulta, entonces, que no se preocuparan sus miembros de aquellos asuntos que hoy me propongo dilucidar ante vosotros. Para los días recordados era tema capital cualquier problema de filosofía cristiana, y ello explica la preferencia que los académicos dieron, a la sazón, a las tareas apologéticas. Por el medio bonaerense merodeaban entonces algunos jóvenes, en trance de notoriedad, que estaban empeñados en buscar el aplauso, a trueque de todo, y la Academia les fué saliendo al encuentro y los fué estoqueando a maravilla. Bien percatados de la gravedad de esa hora, los directores de la Academia incorporaron a su seno, en carácter de miembros honorarios, a las mentalidades más robustas de ese momento nuestro, y las filas de la institución se engrosaron con hombres como Emilio Lamarca, José Manuel y Santiago Estrada, Félix Frías, Pedro Goyena, Joaquín Cullen, Antonio Malaver, Manuel Pizarro y Miguel Navarro Viola. Ya veis que acabo de formular una nómina de cumbres...

Y puesto que los he nombrado, y siquiera sea para que como penates tutelares presidan sus espíritus los nuevos días de brega que esperan a la institución que contribuyeron a modelar, habréis de permitirme que los evoque a todos y que profile a algunos, porque tal cosa acomoda a la justicia histórica y a las mismas conveniencias de este momento climático.

La causa de Jesús, señores, no ha tenido en nuestro país representantes más altos, ni la mente argentina exponentes de más genuina prestancia. Creyeron, actuaron bajo el pendón de Cristo y en ningún momento llegaron a pensar que las excelencias literarias, que la exquisitez intelectual y que los buenos gustos, estuvieran en pugna con los principios básicos de la moral católica. No exagero ni pretendo desvirtuar la verdad. Me bastará que os recuerde, en mi defensa, que muchos de los que he nombrado—Estrada y Goyena, por ejemplo—ocupan puestos de culminación en la historia literaria del país,

y que historiadores que no son de nuestro credo, así lo testifican. La fiebre de adjetivos, que no era un devaneo sino una característica, tal como suele ser la exuberante vegetación en la montaña tropical, no extravió jamás al Estrada católico; y así como supo pagar tributo al gusto literario de su hora, rindió también completa pleitesía a las enseñanzas y a los preceptos de la Iglesia en cuyo seno militaba. Yo no acierto a explicarme por qué el ingreso en el mundo literario va siendo entre nosotros equivalente al rompimiento con Dios y a la pérdida de todo sentido moral. Y he llegado al asunto capital de que quería hablaros en este acto. El grupo de los académicos que mentara hace un instante, pudieron armonizar las bellas formas, la hondura de pensamiento, la modernidad del gusto y todos los atractivos exteriores de la prosa y del verso, con la más pristina, con la más exigente y con la más rancia moral del Evangelio, sin que nada de ello fuera óbice para llegar al clímax que llegaron: y no acierto a dar con la causa que me devele, en el terreno de la lógica, el actual repudio que los que presumen de hombres de letras, hacen a diario, sino siempre de Dios, por lo menos de los conceptos morales que la Iglesia proclama como fundamento de la sociedad cristiana. Orientar el criterio en el sentido católico, fomentar las vocaciones literarias bajo la égida del Espíritu Santo, demostrar con hechos, cómo la belleza no está reñida con Dios—con Dios, señores, que es la belleza misma—; suplanter la literatura pesimista y perversa por otra que tenga la frescura de una mañana estival y la exquisitez de un panorama de égloga: he aquí, señores, lo que debe ser, y lo que ya viene siendo, el programa de nuestra Academia Literaria del Plata.

Y quiero hablaros, señores, con una franqueza que sólo ha de resultar cruda al que se empeñe en volver la cara a la dolorosa realidad de nuestros días.

Y bien, señores: he dicho que por una inexplicable aberración de este siglo inexplicable, los gustos literarios de nuestros tiempos, y de nuestro país en particular, se han extraviado en un apocalíptico laberinto sin salida. Volved la vista en torno. Observad las vidrieras del comercio de libros; recorred las hojas del periódico popular; inquirid el título de la obra que con tanta fruición va leyendo en el tren o en el tranvía la niña colegial, la señorita empleada o el joven que cursa los años del colegio nacional; indagad sobre qué versa esa prosa o esas rimas que están deleitando, en las horas de descanso, al artesano mozuelo y a veces, también, al obrero con canas; preguntad qué género literario es el que logra mayor éxito en el mercado del

papel impreso; consultad la estadística de las bibliotecas; poned atención en lo que casi a gritos se conversa en el café, en el tranvía, en la calle, en todas partes; someted a examen desde el título hasta el argumento de las piezas de teatro; haced cualquier cosa para saber qué lee y qué es lo que deleita al común de los lectores, y os espantaréis de la comprobación: la gente lee y gusta sólo la literatura inmoral, en las variadas formas que ella afecta. Ya he de aclarar esta categórica afirmación. Quiero decir antes que desde el mozuelo imberbe que acomete las primeras escaramuzas literarias, hasta el editor y el librero al menudeo, la máquina toda de la publicidad, señores, está montada para responder a este gusto del público lector. Estoy pensando ya en las objeciones mentales que me estaréis haciendo, y resueltamente me lanzo a contestaros. Hace un instante decía que la inmoralidad afecta muchas formas: va desde las dimensiones de un mar embravecido, hasta la insignificancia aparente de esos hilos de agua que en el país serrano serpentean doquiera, y cuyo vadeo no ofrece para los turistas desprevenidos más peligro que la molestia consiguiente a la mojadura de un zapato, pero de quienes sabe el hombre lugareño que, en horas de crecida, son capaces de arrastrar piedras enormes...

La inmoralidad literaria, señores—lo digo con congoja, porque soy padre y soy docente—, se ha infiltrado tanto en nuestra vida intelectual, que ya son pocos los que se percatan de su presencia en todas partes. No proclamo, claro está, que esa literatura sea exclusivamente pornográfica. No: la hay de apariencias púdicas, y no por eso menos inmoral. Porque la inmoralidad está en el relato, en la alusión, en el comentario a asuntos como el adulterio, el suicidio, la fuga del hogar, las rebeldías contra las determinaciones de la sabia e indiscutible voluntad del Altísimo. Hombres creyentes hay—autores unos, lectores los otros—que no conciben la belleza literaria sin un fondo de profundo pesimismo, sin una visión del dolor humano, contorsionado por la rebeldía de la carne o por lo que bien podría llamarse el anarquismo del espíritu. Y he ahí esa literatura de aparente finalidad cristiana, donde es eje la infidelidad conyugal y donde son figuras centrales ciertos espíritus más o menos crapulosos. Diríase que la mente de los hombres de letras no alcanza a descubrir en la cambiante complejidad de la vida, otros conflictos posibles que no radiquen en la tendencia a violar los dos últimos preceptos del Decálogo. La belleza literaria, para los más, está en esa lucha entre el bien y el mal, que gira en torno de los asuntos aludidos: aberración

increíble que equivale a aquella otra en la que caen los artistas plásticos del pesimismo, para quienes no hay hermosura sino en el dolor espantable de esos sangrientos y horrorizantes Cristos medievales, porque parecen incapaces de divinizar el sufrimiento del Crucificado, como lo ha hecho Velázquez o como lo hiciera Rubens...

Y bien lo sabéis vosotros, señores, la belleza real no está allí donde la vida grita su protesta, sino donde, adolorida o no, rima al unísono con la armonía universal que ha cantado el salmista. ¿Y por qué ha de ser la charca y el lodo, lo único que descubra nuestro miraje en torno, como si no existiese más allá, y por encima de ello, el paisaje riente de la montaña, recortada en el confín azul, y el valle agreste, y la campiña tranquila, y el optimismo esplendoroso del sol que los ampara...

¡Oh la literatura enfermiza, señores! ¡Oh la novela, el teatro, la crónica periodística, el argumento cinematográfico! ¡Oh el pesimismo y la inmoralidad que nos invaden! ¡Oh la necesidad de ponerle remedio, a costa de cualquier sacrificio y de cualquier riesgo...!

Como deseo que mis palabras no sean una siembra en el viento, os invito a todos, autores y lectores, a que examinéis el fondo de vuestras emociones literarias, y a que advirtáis el precipitado que ellas van dejando en vuestro espíritu. Si os aproximan a Dios, ahondando vuestros sentimientos cristianos, repudiadlas porque estáis en el peligro. No os hablo yo: os habla la Iglesia por mi boca. ¿Y cómo después de lo que llevo dicho podrá ignorarse cuál es el único programa de acción de la Academia Literaria del Plata en los tiempos que corren? Afirmé ya que no es su objetivo el mismo de una institución pía, y debo agregar que sus filas no las forman, ni las podrán engrosar nunca, sino aquellos que aspiren a hacer triunfar en nuestro país, con la palabra o con la pluma, el reinado social de Jesucristo. La Academia ha demostrado ya, y lo ha de hacer más cumplidamente en el futuro—Dios ha de quererlo—que es posible conciliar la exquisitez literaria con las exigencias evangélicas, y que la juventud que se inicia en las letras, no ha de romper con Dios para alcanzar la notoriedad, si la persigue. Y si la rebeldía es inherente a la condición espiritual de hombre de letras, la Academia ha de encauzarla contra el error, contra la infamia, contra la impudicia, contra la inmoralidad más o menos solapada, contra todo lo inmundo, contra todo lo pesimista, contra todo lo que es sombra, contra todo lo que es lacra, contra todo lo que es muerte, contra todo lo que esté lejos de Dios. Y los jóvenes, y los hombres maduros, y los que sufren, y los que aspiran, y los que

ascienden, y los que están en la cumbre, y los que marchan en descenso, todos, descubrirán a diario nuevas facetas de emoción en los perennes cambiantes de la vida, y encontrarán la forma de producir deleite psíquico sin violar los preceptos de la ley inviolable.

Y termino haciendo votos porque salgan de la Academia los libros que han de barrer de nuestro medio cristiano, toda la literatura enfermiza que nos invade.

Que el Espíritu Santo esté con vosotros, para que la producción de las buenas letras católicas sea una constante repetición de la letra y del espíritu del admirable salmo 18 de David: ya que todo el Universo, señores, vocea y confirma la grandeza de Dios.

DR. RÓMULO D. CARBIA.